

# EL JEFE DE ESCUADRA SERRANO VALDENEbro Y LOS CONTRABANDISTAS RONDEÑOS

José CERVERA PERY  
General Auditor

La valía de los hombres se pone de manifiesto en tiempo y circunstancias difíciles. Ésta sería quizás la mejor frase para definir la personalidad del jefe de escuadra don José Serrano Valdenebro desde la triple perspectiva del marino que en su propio medio acumula una brillante hoja de servicios; combatiente en tierra al mando de la «Legión de Marina», o los batallones que debían integrarla durante la Guerra de la Independencia, y guerrillero en esta misma conflagración como jefe de una partida que opera en la serranía de Ronda, Grazalema, Ubrique, Benaocaz..., integrada en buena parte por consumados caballistas que hacían del contrabando su razón de vida. Y también una faceta más como diputado a Cortes por la provincia de Granada, una vez constituidas bajo los cercanos ecos del cañón francés. Vida fecunda y lúcida, de enfervorizado patriotismo, celoso de sus atribuciones —lo que le comportaría no pocos disgustos— de cuyas indiscutibles virtudes de valor y energía pretendo dar noticia a lo largo de esta ponencia.

Resulta en cierto modo desalentador comprobar que ni en el ampuloso diccionario Espasa, ni en la *Enciclopedia General del Mar*, tan puntillosa en la redacción de biografías, ni en la *Galería de generales de Marina*, de Francisco de Paula Pavía, aparezca la menor noticia de Serrano Valdenebro, cuyos méritos son más que suficientes para el conocimiento de sus rasgos. Ciertamente que no es un Escaño, un Valdés o un Apodaca, de acusado protagonismo en la acción de la Marina durante la Guerra de la Independencia; pero la participación de nuestro personaje en el conflicto, y la originalidad que proporciona al mismo, merecían una mayor divulgación. Existe un magnífico artículo del contralmirante Martínez Valverde, excelente panegirista del marino, pero poco más. Y si no he podido encontrar cumplidos datos de su vida y sus hechos —que no fueron pocos en el quehacer naval—, menos posibilidades hay de hallar su retrato, al menos antes de padecer sus numerosas heridas y mutilaciones de guerra en cara, manos y piernas que lo convierten sin duda en un nuevo Blas de Lezo de principios del siglo XIX.

Como tantos gloriosos tránsfugas —los Van Halen, Pablo Morillo, Pascual Enrile, etc.—, Serrano Valdenebro vivió sus primeros hechos de armas en los cuadros del ejército, alcanzando el grado de capitán, y con tal empleo fue trasladado a la Armada con su equivalente de teniente de navío. Había nacido en Córdoba, cuna también de aquel Tercio de la Armada del Mar Océano que reclutó aún sin este nombre don Lope de Figueroa, y yo invito a mi buen

amigo el catedrático José Cuenca, que tan a fondo ha investigado la vida y obra de los más preclaros hijos de la ciudad de los califas, a que incluya también la figura de Serrano Valdenebro en su lista de ilustres cordobeses. Será un justo desagravio a su memoria.

Hay que remitirse en buena parte a su hoja de servicios para el análisis de su actuación como marino. Todavía como capitán del Regimiento de Infantería Valona tomó parte en la malograda expedición contra Argel de 1775, con 20.000 hombres de escogidas tropas mandadas por el conde de O'Reilly, yendo al frente de dicha escuadra el teniente general de la Armada don Pedro González Castejón, integrada por siete navíos, 12 fragatas y otros 28 buques de menor porte.

El capitán Serrano Valdenebro desembarcó al frente de una columna de soldados y se mantuvo en tierra casi veinticuatro horas, conteniendo el ataque de la caballería enemiga con un contingente aproximado de 12.000 caballos y 1.000 camellos, cubriendo la retirada, siendo su tropa la última que entró en el atrincheramiento. Desgraciadamente el conjunto de la acción fue desafortunada para España, a pesar de la heroica participación de los jabeques de Barceló, pero en ella el todavía capitán de Infantería ya dio evidentes muestras de un valor indomable.

El 28 de febrero de 1777 pasa Serrano Valdenebro a los escalafones de la Real Armada y su primer destino es el mando de la 2.<sup>a</sup> Compañía del 10.<sup>o</sup> Batallón de Marina, reconociéndosele el doble empleo de teniente de navío y capitán de compañía; pero al mes siguiente es nombrado segundo comandante del arsenal de La Carraca, a las órdenes del capitán de fragata don Antonio de Oyarbide. Comienza de ese modo su auténtico periodo de «ambientación naval», proseguido más tarde con el embarco en el navío *Princesa*, perteneciente a la escuadra del general Lángara, que es apresado en el combate del cabo de Santa María, quedando Valdenebro herido y prisionero. En esta situación ascendió a capitán de fragata el 3 de febrero de 1780.

Firmada la paz con Inglaterra en 1783, no hay nada importante consignado en la hoja de servicios de Serrano Valdenebro hasta 1785, en que firma una instancia al rey en la ciudad de Granada pidiendo por los méritos que enuncia, que no son sólo castrenses, sino científicos, se le promueva a capitán de navío. No le es concedido y en febrero de 1787 es designado comandante del 9.<sup>o</sup> Batallón de Marina. En este cargo le llega el deseado ascenso (14 de enero de 1788) y se le da el mando del navío *San Leandro*, del porte de 64 cañones. Con este buque efectúa cruceros y realiza transportes de tropas. En noviembre de 1790 se le trasborda a otro buque de mayor porte y toma el mando del *San Eugenio*, de 80 cañones.

No vamos a detenernos —pues rebasaría el tiempo concedido para esta conferencia— en la enumeración de los servicios realizados por Serrano Valdenebro en su faceta de mando a bordo. Sí queremos empero destacar que, en 1793, toma el mando del navío *Arrogante*, de 74 cañones. España está nuevamente en guerra, esta vez contra la Convención francesa, y el *Arrogante*, primero integrado en la escuadra de Lángara y más tarde en la de Gravina,

toma parte en la defensa de Rosas, apoyando a la guarnición española que se defiende valerosamente contra los ataques franceses. En la hoja de servicios de Valdenebro consta «que a las órdenes de Gravina se mantuvo en Rosas sufriendo todas las penalidades del sitio de la plaza y duros temporales, y habiendo perdido el *Arrogante* cinco anclas, desarbolado y desguarnecido, y hallarse enferma toda su dotación, el 15 de enero de 1795, con la guerra en situación desventajosa para España, se le mandó dar la vela para Cartagena, pero tuvo que arribar a Palma de Mallorca a consecuencia del mal tiempo, agravada la situación por el estado del buque».

Ya en Cartagena dirige una instancia al rey en la que le suplica «se sirva admitirle la dejación del mando, concediéndole licencia temporal con sueldo para procurarse aquellos alivios que en otras ocasiones le han favorecido». Esta licencia le es concedida, pero en cambio no se le incluye en la general promoción, pese a los méritos que repite, y a otros literarios, «y se digne repararle su perdido honor, promoviéndole si lo halla justo a brigadier de la Real Armada en aquella antigüedad de la promoción de Rosas, en que fue tan notablemente agraviado, con todos los goces que desde entonces le corresponden». La súplica fue atendida al fin, y Serrano Valdenebro logró su solicitado ascenso.

El final de siglo ofrecerá a nuestro protagonista el paréntesis de unos destinos sedentarios como prolegómenos de las duras empresas que se avecinan. No está en la batalla del Cabo de San Vicente, ni en la de Trafalgar, acciones que marcaron un impacto negativo en el «debe» de nuestra Marina. Ha sido fiscal en un importante consejo de guerra de oficiales generales en Cádiz, con motivo de la pérdida de la isla de Trinidad de Barlovento. En 1802 es comandante principal de Matrícula, y en 1806, segundo comandante general de Batallones de Marina y comandante principal de los del Departamento. Vuelve pues al *curriculum* de Serrano Valdenebro la perspectiva del mando de tropas de Marina. Lo que todavía ignora es que la futura guerra le llevará a internarse tierra adentro, y que tras al mando de tropas regulares será el jefe de una partida de guerrilleros que, con sus hazañas en la serranía, causarán admiración, asombro y, en no pocos casos, auténtico pánico entre sus enemigos.

La invasión francesa ha despertado la conciencia y las iras del pueblo español. Sobradamente conocidos son los episodios del Dos de Mayo madrileño, detonante de la rebelión de un pueblo en armas, celoso de su independencia y de su dignidad. La Marina acude a batirse con el invasor tanto en su medio natural (el mar) como en tierra, saliéndole al paso en el terreno que pisaba, y los oficiales que no tuvieron puestos a bordo de los buques se incorporaron a las filas del Ejército e incluso a las guerrillas. Las tropas de Marina de todos los departamentos se batieron duramente el cobre junto a las del Ejército, y hubo notables marinos que destacaron en Bailén, Espinosa, Ocaña, Medina de Rioseco, Zaragoza, etc. A lo largo de estas jornadas han tenido ocasión de conocer hechos y actitudes merecedoras de reconocimiento patrio, en todo el acontecer naval de 1809. Yo voy a limitarme por tanto a seguir la trayectoria de mi biografiado en esta nueva y trascendente etapa de su vida.

La Junta Central —constituida, después de no pocas dificultades, para gobernar la nación en nombre del Rey ausente—, dispuso la formación de una gran unidad integrada por dos regimientos —seis batallones— de Infantería y dos brigadas de Artillería a las que se le daría el nombre de «Legión Real de Marina», que no gustó a todos, con independencia de que salieran también otros batallones agrupados en regimientos, y también brigadas con cañones y hasta algún batallón sin piezas artilleras para batirse como Infantería. Esa «Legión Real» sería mandada por el brigadier Serrano Valdenebro, considerado el más idóneo en razón de su destino como comandante principal de los batallones del Departamento de Cádiz.

El 10 de diciembre de 1808 salieron de la Isla de León los batallones designados, que habían de convertirse en los dos regimientos, primero y segundo, una vez completados con personal reclutado en Sevilla. Poco más tarde partieron igualmente de la isla las dos brigadas de Artillería, primera y tercera, al mando del teniente de navío don Agustín Lobatón, que más adelante habrían de reunirse al primer regimiento, y de modo sucesivo, ya en Santa Olalla del Cala, en la provincia de Huelva. Don Antonio de Escaño, como ministro de Marina, nos dice: «Que estaba organizándose dicho Cuerpo con el nombre de *Legión Real de Marina* (pese al informe negativo de don Juan Joaquín Moreno, capitán general de Cádiz), al mando del brigadier don José Serrano Valdenebro, a nuestra llegada a Sevilla [la de la Junta Central del Reino], pero la urgencia de guardar los pasos de Santa Olalla, en el camino de Extremadura y de reforzar las tropas que se reunían en La Carolina de Sierra Morena, obligó a dar las órdenes más precisas para que Valdenebro saliese con dos batallones de Marina y dos brigadas de Artillería, para fortificar y guardar el paso de Santa Olalla». El capitán de navío don Juan de Dios Topete salió para La Carolina con otros dos batallones, y así quedó disuelta antes de formarse lo que la Junta Central había dispuesto fuese la «La Legión Real de Marina».

Como el hábito no hace al monje, ni el hombre puede decidir su circunstancia, el 9 de marzo de 1809 Valdenebro tenía su cuartel general en Santa Olalla y estaba al mando de aquel cantón militar. El papel de aquellas fuerzas era de gran importancia para cubrir Sevilla, que de otro modo hubiese quedado a merced de los enemigos. Escaño dice que a Valdenebro se le debió la salvación de Sevilla al afirmar que «Valdenebro y Topete no sólo cumplieron las órdenes que les di, sino que con conocimiento exacto de sus posiciones adelantaron mucho más de lo que yo había pensado».

El primer regimiento de Marina, germen de la frustrada «Legión Real», dejó la zona de Santa Olalla el 15 de junio. Ya no lo mandaba Serrano Valdenebro, a quién, habiendo ascendido a jefe de escuadra, el destino lo llevaba a otros campos de acción en la fragosa serranía de Ronda.

En enero de 1810 se produce la invasión de Andalucía. La Junta Central, que desde Aranjuez, donde fue constituida, había ido bajando hacia el sur, primero a Sevilla y luego a Cádiz, en lo que muchos entendieron como vergonzosa huida, se disuelve y toma a su cargo el gobierno de la nación la

primera regencia. Entretanto el mariscal Soult avanza hacia el sur con tres cuerpos de ejército mandados por Victor, Mortier y, Sebastiani, y una reserva que manda Desolle. Victor avanza directamente desde Almadén hasta Córdoba, Mortier fuerza Despeñaperros, mientras Sebastiani lo envuelve por Villamanrique. Los dos primeros se dirigirán a Sevilla y con ellos va José Bonaparte. Victor deberá atacar Cádiz, Sebastiani avanza por Jaén y Granada y el 23 de febrero entrará en Málaga. Así se acercan las fuerzas francesas a Ronda y la ocupan; unas lo hacen procedentes de Sevilla, por Olvera, y otras desde Málaga. Guarnecen Ronda pero pueden ocupar la serranía, y en ella se organizan partidas de guerrillas en cierto modo apoyadas por las fuerzas españolas del Campo de Gibraltar, también llamado de San Roque. La hora de Serrano Valdenebro va a impactar con fuerza en el reloj del tiempo. Pero antes de verlo capitanear la partida guerrillera y constatar sus excelentes resultados, permítasenos una serie de consideraciones sobre esta forma de actuación, irregular si se quiere, pero que comportó un grado de eficacia indudable en la lucha contra el invasor.

Es evidente que los tres pilares que sostuvieron el entramado opositor a la invasión napoleónica fueron la acción del ejército regular español que, con todas sus carencias y defectos de formación, hicieron frente, en muchos casos heroicamente, a la mayor capacidad ofensiva francesa, bien arropado por la voluntad de resistencia de la nación (y donde digo ejército, digo también Marina en su campo de acción exclusivo). En segundo término, la intervención británica, que junto con Francia eran las naciones más poderosas de Europa y que dio apoyo a la causa, dominó los mares circundantes y envió una fuerza terrestre a la Península con generales de indudable prestigio como Wellington (hay que ver con la facilidad que en aquella época se pasaba de la enemistad a la amistad y viceversa). Y, por último, la guerrilla, un fenómeno controvertido, insuficientemente conocido, difícil de abordar y aún de evaluar en su justa dimensión estratégica, pero que imprimió decisivo carácter a la Guerra de la Independencia y sin cuya contribución la victoria hubiese sido imposible.

La guerra de la Independencia, a lo largo de su recorrido, debilitó el mito napoleónico y desgastó en gran medida a la Grande Armée. Durante buena parte de la contienda la aportación guerrillera alcanzó su máximo exponente en todos los campos, desde el puramente militar hasta el político, psicológico y místico, aunque el proceso revolucionario que quiere ver Carlos Marx en la formación de las partidas no responda a la idea del autor de *El capital*. A partir de 1812 el teatro peninsular de operaciones tiene un papel secundario cuyo principal objetivo es seguir desgastando a las fuerzas imperiales, porque la suerte de Europa se está jugando en Rusia y, después, en Centroeuropa; pero, cuando las fuerzas napoleónicas son expulsadas de España, la principal aportación de la guerrilla ha supuesto una importante colaboración en el logro de las campañas militares.

La dificultad a la hora de hacer una valoración de la guerrilla radica en que, siendo fuerzas de un concepto táctico y operativo muy discutible, tuvie-

ron un destacado impacto estratégico, entendiendo este término como aquello que coadyuvó a conseguir el objetivo que se pretendía con la guerra; es decir que Napoleón no incorporara España a su imperio a pesar de las vergonzosas facilidades otorgadas por sus legítimos reyes. Y las guerrillas —ironías del destino— luchaban en su nombre.

El principal mérito —o virtud— de las guerrillas en la Guerra de la Independencia fue conseguir que, a diferencia de las guerras anteriores, el ejército napoleónico se debilitara con las victorias en vez de salir fortalecido, ya que al conquistar nuevos territorios tenía que dejar en su retaguardia fuerzas cada vez más numerosas para no perderlos de nuevo. Y así, la guerrilla, una vez dominadas amplias zonas de España, se constituyó en la expresión del sometimiento del pueblo español a la voluntad napoleónica. El fenómeno guerrillero mantuvo por tanto el rescoldo de la llama insurreccional en las zonas conquistadas, y al disputar a las fuerzas ocupantes, además de los recursos, la autoridad en las zonas rurales impidió que la bota del poder bonapartista quedase firmemente asentada en las provincias conquistadas, creando un abierto abismo entre las autoridades españolas y las autoridades intrusas.

Determinados historiadores, sobre todos franceses, han expresado duros juicios por la crueldad de que hacían gala las partidas de guerrilleros, poco proclives a dar cuartel a los prisioneros que lograban en sus encuentros y emboscadas. Pero ¿es que los franceses no actuaban de la misma forma? El saqueo, pillaje, incendio, devastación y ejecuciones eran las señas de identidad de los ejércitos de Napoleón en la España invadida. Hay evidentes testimonios de protagonistas directos que lo reconocen. El capitán Baste, de los marinos de la Guardia, y el capitán Schumacker, del batallón de suizos que sirve a Francia relatan escenas que impresionan los ánimos del más templado. Las guerrillas no hacían más que actuar en reciprocidad, sin concesiones a una debilidad o tolerancia que no veían en el otro bando. Aquella era una guerra feroz, inmisericorde, sin cuartel, donde los buenos parecían no serlo y los malos se integraban en las filas de los peores.

Serrano Valdenebro se hallaba en Cortes de la Frontera después de su ascenso y de su campaña en tierras de Huelva y Extremadura, cuando los jefes de las partidas guerrilleras reorganizadas en los pueblos de la sierra gaditana-malagueña, que habían obtenido algunas ventajas iniciales sobre los imperiales, fueron a comunicarle que deseaban tenerlo por general y, a pesar de la irregularidad en principio de tal nombramiento, aceptó de inmediato la oferta, dando —según escribe José Moretti en su *Historia de Ronda*— en el acto prueba de lo acertado de su designación con un crecido alistamiento, al que con auxilio del brigadier don Francisco González, que llegó en este tiempo de Algeciras, dio como quien dice en veinticuatro horas un carácter militar impropio de una tropa tan bisoña. Y fray Sebastiani de Ubrique en la historia de esta villa expresa por su parte: «Serrano Valdenebro cayó como un rayo sobre una división francesa entre Gaucín y Ronda y derrotó a dicha división, que era de la Guardia Imperial, matando al jefe de la misma». Y de nuevo Moretti: «El sitio llamado Fuente de Piedra y Tajos de Montoro, no lejos de

Atajate, fue teatro de fogueo y es donde los serranos empezaron a diezmar a sus enemigos empujándoles hacia Ronda». Al referirse a la horrible guerra que hacían los imperiales, «donde las casas y los templos eran presa de las llamas», dice: «El marino Valdenebro con sus valientes guerrilleros lograba terribles represalias...; los ancianos, mujeres y niños vivían en las montañas como las tribus nómadas; los que podían llevar armas buscaban el desquite en los desfiladeros peleando como héroes... el sonido de su cuernos y caracolas amedrentaban al extranjero, que acabó por llamar a la serranía de Ronda «calle de la Amargura» y «cementerio de Francia».

La guerrilla de Serrano Valdenebro, con sus métodos irregulares y sus golpes de mano, logró justa fama en poco tiempo. Sus integrantes son jornaleros de azada y pala, gañanes cortijeros y de labrantío, capataces y aperadores, estudiantes y sacristanes, dependientes de comercio y hasta mancebos de botica y un buen plantel de caballistas de alta fama, contrabandistas de pelo en pecho que traen desde Gibraltar gruesos fardos de tabaco de picadura, de cuya venta saldrán nuevos suministros de armas. Aparecen, pelean y se escurren, con el apoyo logístico de las ventas y los ventorrillos. Las viejas crónicas comunales de los pueblos de la serranía alumbrarán algunos de los nombres que dan lustre a la guerrilla. «El bolindres», «Piesgrandes», «Seisdedos», «el manco de Villaluenga», «el Pastor», que será luego el jefe de una partida independiente; pero los anteriores son «pastoreados» por Serrano Valdenebro, que une a su calidad oficial de jefe de escuadra, mariscal de campo en los grados del Ejército, una indiscutible jefatura guerrillera de la que no siempre sacará el fruto deseado.

En marzo de 1810 los serranos ocupan Ronda y los franceses se muestran impotentes para defenderla, pese a lo bueno de su posición, y llegan en su retirada hasta Campillos, acosados por los guerrilleros; pero, reforzados los franceses con nuevos efectivos — tres batallones, un regimiento de Caballería y tres piezas de artillería —, vuelven a ocupar Ronda, aunque Valdenebro, incansable, organiza de inmediato un nuevo ataque a la plaza. El padre Ubrique dice que lo hace en combinación con la partida del Pastor y otras; pero aunque sus fuerzas llegan a entrar en la población, e incluso tomar una bandera bonapartista que se conserva en el Museo Naval, son finalmente rechazadas por la mejor táctica desplegada por el ejército regular francés.

De esta primera fase del mando de Serrano Valdenebro en la serranía de Ronda puede citarse como incidencia notable el ataque de los imperiales a Grazalema, heroicamente defendida, rechazando varios asaltos; pero al retirarse los franceses con abundante botín, pues al cabo lograron entrar en la villa, «acudieron los guerrilleros de Valdenebro que, apostados en los pasos difíciles y ocultos tras las peñas, hicieron un fuego horroroso introduciendo el más espantoso desorden en los regimientos franceses, causándoles infinidad de muertos y heridos, obligándoles a abandonar la mayor y más considerable parte del botín y cargamento».

También atacan los imperiales a Gaucin ocupándolo momentáneamente, pero en Cortes de la Frontera, pueblo al que tan vinculado se encuentra nuestro marino, pues allí ha contraído matrimonio, «se entregan al incendio y al

saqueo en venganza del aborrecido Valdenebro». Tras cada uno de estos ataques en los que prima más la venganza que la estrategia, se retiran, picándose la retaguardia, las guerrillas que el marino dirige.

Pero Serrano, Valdenebro durante su mando en la serranía, tuvo también grandes contrariedades y contratiempos. Pascual Madoz, en su *Diccionario geográfico-histórico-estadístico de España*, apoyándose en numerosas informaciones de distintas localidades, enjuicia: «Peleábase sin cesar. Los franceses, ni los de Ronda, ni las columnas que salían desde la villa podían contener la insurrección. Pero los serranos eran difíciles de gobernar (...), el general Valdenebro, presidente de la junta de partidas, seguía gobernándolos, más por lo común» los caudillos naturales del país guiaban de cerca a los serranos. Uno de los más destacados era Andrés Ruiz de Zárate, conocido con el sobrenombre de “El Pastor”[.] del que el *Diario de Operaciones de la Regencia* es bien explícito respecto a su carácter, cuando señala que es «hombre violento y peligroso...» «Ha adquirido mucho predicamento entre aquellas gentes, y sus desavenencias con Valdenebro podrían resultar fatales como ya se va experimentando». Por eso la Regencia decide llamar a la isla a don José Serrano Valdenebro, «cuyos grandes conocimientos tácticos pueden ser muy útiles en la Junta Militar» y enviar a la sierra al marqués de Portago como espíritu conciliador, encargándole contuviese con maña al tal Pastor y que vigilase mucho su conducta.

El 28 de junio llega noticia a la regencia de que las tropas que manda el mariscal de campo don Luis de Lacy «están bien situadas para atacar el pueblo de Ronda». Pero Serrano Valdenebro no está en la sierra. La Regencia lo ha designado para el gobierno de Cartagena, lo que puede interpretarse como una tendencia a separarlo de la serranía. Valdenebro no estaba, pero dejó trazado un plan para que otros lo pusieran en marcha. La opinión de Serrano Valdenebro como experto en esta lucha seguía pesando en los planteamientos posteriores. Y así, el 18 de julio, en el *Diario de Operaciones de la Regencia* se consigna que «don José Serrano Valdenebro hizo una detallada exposición a la Regencia sobre las operaciones de la división de Lacy en la sierra de Ronda. Haciendo el debido honor al espíritu y talento de Lacy manifestó lo que se había hecho y los defectos que se habían cometido por falta de conocimiento del terreno (él sí lo conocía a la perfección). Se le encargó que formase un plan (se sigue teniendo por tanto en cuenta su opinión) sobre el género de guerra que allí conviene y una lista de los sujetos beneméritos que hay en aquel país —se confía en su ecuanimidad—. Él se ofreció a hacerlo y se brindó a servir en aquella expedición de segundo de Lacy y, si fuese menester, de ayudante suyo. Esta carencia de soberbia y expresión de humildad, a pesar de su carácter independiente, abonaron nuevamente a su favor, y por orden de 24 de agosto el Consejo de Regencia nombra a don José Serrano Valdenebro «comandante en jefe para mandar y dirigir las partidas de guerrilla, Marina y Tropa reunidas, y que se agrupen en la serranía de Ronda contra los enemigos». El jefe de escuadra Serrano Valdenebro sería, pues, jefe, sin dependencia alguna ni tutoría de nadie excepto del Consejo de Guerra de la Regencia.

Valdenebro no marcha inmediatamente a la serranía una vez nombrado comandante en jefe de ella, pues estaba activando la construcción en el arsenal de La Carraca «de una máquina para conducir cañones, a lo menos de a doce [libras], indispensable para batir a Ronda que está murada». Igualmente gestionaba los caudales necesarios para mantener la guerra contra el invasor. La Regencia ordena que «se le proporcione un barco seguro para la conducción de su personal y de la artillería que llevaba». Como puede verse, Valdenebro ya ejerce una autoridad indiscutible sobre tropas regulares, lo que no había ocurrido en la primera fase de su presencia en la sierra, apoyado sólo por las acciones de su indomable guerrilla.

Durante la ausencia de don José, había ejercido el mando de la serranía el brigadier don Francisco Javier Abadía, uno de los militares más destacados en la gloriosa jornada de Bailén, a las órdenes del general Teodoro Reding (en cuya biografía trabajo actualmente) y de las partidas el coronel Cortés. Durante esa ausencia se riñeron combates en Ubrique, Villaluenga y Benaocaz, obligando a la huida de los imperiales y a su refugio en Ronda. Se reciben noticias de Abadía referentes a que el coronel Cortés había logrado serenar los disturbios en la serranía y aun corregir con rigor los excesos de algunos, pero la Regencia, que vuelve a confiar en Serrano Valdenebro, le ordena que, si no se ha marchado todavía, lo haga con prontitud «comunicándole las predichas noticias». Por esos días hay en la serranía de Ronda unos cuatro mil combatientes, buenos, ardorosos y patriotas.

Llegó Valdenebro con las piezas de artillería, que se desembarcaron en Río Verde, junto a Marbella. Dos cañones fueron llevados a Gaucin y dos obuses a Casares, «ese nido de águilas que no conoció la pisada francesa», como escribe Moretti. Los cañones de Gaucin fueron transportados hasta Igualeja y desde allí rompieron el fuego sobre los franceses venidos de Ronda, produciendo en ellos gran sorpresa. Valdenebro llevó con él artilleros de Marina, entre ellos el alférez de navío Cipriano Mauleón, ingeniero extraordinario que también hizo de ayudante de campo de Serrano Valdenebro y que luchó heroicamente por defender el tren de artillería, juramentándose con sus hombres para morir antes que abandonar el parque. Su jefe directo lo considera «mozo de excelente espíritu».

Con independencia de diferentes operaciones coordinadas por el comandante en jefe —Gaucin y Montejaque—, Serrano Valdenebro proyectó un ataque general a Ronda, vehemente deseo de toda la serranía. El 18 de junio tiene lugar el combate de la Fuente de la Leche, pero el enemigo ha sido muy reforzado con tropas de Málaga con abundante caballería. La falta de entendimiento de Valdenebro con el brigadier Begines de los Ríos, comandante general del Campo de Gibraltar, hace que el enemigo envuelva a las fuerzas de la sierra y el mismo Valdenebro se vea arrastrado por su propia caballería en fuga. Es salvado milagrosamente de caer en manos de los enemigos por el heroico oficial don José Argamasilla. Entretanto —dice fray Sebastiani de Ubrique— Begines, bien por apatía, bien por rivalidad con Valdenebro, permaneció inactivo dejando que se perdiera la ocasión de tomar Ronda, por

lo que Valdenebro, disgustado, presentó la dimisión. Begines, por su parte, echó más leña al fuego con un escrito reservado a la Regencia quejándose de Valdenebro, y nuestro marino, víctima de las intrigas y de los desencuentros, volvió a caer en desgracia. Pero nadie podía disputarle la gloria de haber sostenido, con su guerrilla primero y con sus tropas después, el dominio de una serranía cada vez más incómoda, más ingrata y más controvertida.

La Regencia quiere alejarlo de nuevo. El mando de la capitanía de Ferrol será su próximo destino, pero Serrano Valdenebro se resiste; se considera atropellado e injustamente preterido, y manifiesta a la Regencia que no se considera apto para el empleo con que le honra en El Ferrol y dice: «Exige otros hombros que los míos; otra cabeza más firma y benemérita y otro grado más condecorado, pues el mío es muy pequeño para tanta dignidad. La Patria lo que en el día necesita son hombres de guerra. Yo lo soy por genio y profesión, y si alguno lo duda que se presente en la Barra. No tengo manos para pelear. Las he perdido gloriosamente en las batallas. Ni cabeza ahora para mandar por la misma razón. Pero si es empero de V.A. [la Regencia] darme ocupación, sería más análoga a mi reputación destinarme al de simple aventurero en cualquier ejército que a general de Departamento. Mas estimo morir en el duro suelo, que es el lecho del honor, que en una blanda cama del Departamento. Los hombres de gran corazón no pueden sufrir que otros de menos valor sean preferidos a ellos. Guerreros necesita la nación, no marineros, y el destinarme a esta ocupación es cambiar los frenos y ocasionar sin duda mi desprecio». Y termina el escrito: «Me prometo de V.A. que penetrado de mis sentimientos tendrá a bien dejarme por ahora en el reposo y en caso de venir atropellarle, que sea de un modo más compatible a mi condición».

Como puede verse, el escrito no tiene desperdicio y en él aflora la amargura impulsada por la injusticia de su situación. En buena lógica la Regencia debió someterle a un consejo de guerra ante la negativa de tomar un mando superior y las impertinencias con las que trata de justificar dicha negativa, pero en el ánimo de los regentes pesaba mucho la fogosa actividad del marino en la serranía y su carisma al frente de las partidas que con tanto orgullo había mandado. El 18 de septiembre se concedía a Valdenebro «ser relevado de pasar a aquel destino (Ferrol)» y se comunicaba la resolución a don José Vázquez de Figueroa, secretario general del Despacho de Marina. Serrano Valdenebro permanece en Cádiz y toma parte activa en las sesiones de Cortes como diputado por la circunscripción de Granada.

Me van a permitir, antes de terminar estas reflexiones, una breve incursión en el bagaje cultural de Serrano Valdenebro, porque nunca la pluma embotó a la espada, haciendo buena la frase de Cervantes. Nuestro marino, a pesar de la rudeza de sus acciones y de lo arisco de su carácter, fue un espíritu cultivado, rasgo común a muchos de sus compañeros de escalafón que también cultivaron con acierto las letras, las ciencias o las artes, pues el soplo de la Ilustración —dicho sea con todo respeto— insufló con mayor fuerza en los cuadros de la Real Armada que en los del Ejército. Y de esta inspiración conjugada

con un paciente esfuerzo brota sus *Discursos del arte de la guerra*, publicado bajo los auspicios del príncipe de la paz, en el que trata del buen uso de la táctica de tierra; pero en otra de sus obras, *Discursos navales*, trata ya del movimiento de escuadras y del bombardeo de las plazas marítimas y prescribe tácticas para el manejo de fuerzas sutiles. También es interesante su estudio *Marinería urbana o formación de Cuerpos para defender en caso de invasión el Real Arsenal de La Carraca*.

Serrano Valdenebro conoce a los clásicos y saca de ellos sustancioso partido. En sus reiterados manifiestos de autodefensa entremezcla ironía con erudición y matiza sus hipérbolos con elegancia: «sin previsión de los heroicos pensamientos que hacen brillar al ministro que dirige la guerra, capaces por sus bellas elecciones de oscurecer los de un Cyneas, los de un Soviso, se abandonan a lo que dicta su capricho. Debiera convencerlos el sucesor con el que se me sustituyó. ¿Hombre de más pausa, peso, desinterés y valor, sería fácil encontrar? Dígalo Medina, Benaocaz, y los campos de Leche y Gibraltar. Sus relaciones pomposas y romanescas deben colocarse al nivel de un Viriato o de un Sartorio. Deseando, sin embargo, hacer ver al Gobierno y a la Patria los servicios que le han prestado estos serranos como parte integrante de los míos...»

Esta fina ironía, matizada con gotas de sincera amargura, sólo puede proceder de un espíritu cultivado, cuya sensibilidad no han ensordecido el tronar del cañón y los alaridos de las cargas.

En julio de 1812 la regencia vuelve a acordarse de Serrano Valdenebro y lo nombra gobernador militar y político de Cartagena. Se incorpora esta vez disciplinadamente a su destino y en diferentes periodos, por enfermedad de su titular, desempeña el puesto de capitán general. Y en Cartagena fallece, sin abdicar de su recio carácter, este auténtico condotiero de tierra y mar que en todo momento honró a la Patria y supo hacerse merecedor de su gratitud.

Ésta ha sido a grandes rasgos la trayectoria militar y humana de un hombre, un marino español, cuya semblanza no ha merecido la atención de los diccionarios o de las enciclopedias. ¿Ustedes lo entienden? Yo tampoco.